

Rubén Darío y la crítica barcelonesa: Alexandre Plana¹

Adolfo Sotelo Vázquez

«Té una dolçor de *sage*, una paciència de savi, el do de l'amistat, una bondat i una comprensió inesgotables»

JOSEP PLA a propósito de Plana en *El Quadern Gris*

I

Barcelona y la cultura barcelonesa están estrechamente ligadas a Rubén Darío. Su estancia madrileña de 1899 y de los primeros meses de 1900, como corresponsal del diario porteño *La Nación* para pulsar la vida y la cultura españolas después de la derrota, principió con su tránsito viajero por Barcelona, en donde pasó los últimos días del 98 y los primeros del 99. Días que nutrieron su espléndida crónica «En Barcelona», con la que se abre el libro que habrían de conformar dichas crónicas, *España Contemporánea* (París, Garnier, 1901). «En Barcelona», compuesta y redactada a la llegada del poeta a Madrid, es la crónica del deslumbramiento de Rubén ante la morfología urbana de Barcelona y ante el triunfo de la vida moderna que acompañaba la renovación artística y cultural del *modernisme*².

Años después –en la primavera de 1907– Barcelona fue la escala que realizó Rubén en su marcha de Mallorca camino de París. En la isla había intimado con Juan Sureda, Joan Alcover y Gabriel Alomar. Años más tarde, Barcelona fue el contexto de su segunda estancia en Mallorca en 1913; contexto que va desde la primavera de 1912 hasta el 24 de octubre de 1914, fecha en la que cerraba un capítulo de su vida que le había puesto en contacto –dejando al margen los meses del otoño mallorquín– con la Barcelona brillante y cosmopolita, en la que los burgueses adinerados compartían

¹ Este trabajo ha sido elaborado en el marco del proyecto de investigación PB97-09030 de la DGICYT del Ministerio de Educación y Ciencia.

² Acerca de *España Contemporánea* debe verse el muy atinado estudio de la profesora Marta Cristina Carbonell, «Rubén Darío ante la España de fin de siglo», en *La crisis española de fin de siglo y la generación del 98* (Antonio Vilanova / Adolfo Sotelo Vázquez, eds.), Barcelona, Universitat de Barcelona, 1999, pp. 369-384.

el almuerzo o la cena (en *La Maison Dorée*, en *El Continental* o en *El Suís*) con sus amantes, mientras el poeta enfrentaba las madrugadas de *La Puñalada* (el café-bar del Paseo de Gracia, 104) con Santiago Rusiñol y el incensante whisky, o las tardes de *La Maison Dorée* con Joaquín Montaner y Josep Maria de Sagarra. Rubén contaba con la amistad y protección del cónsul de Santo Domingo en Barcelona, Osvaldo Bazil, y desde su residencia en la barriada de *Penitents* (una torre sita en el número 16 de la calle de Tiziano) urdió una tupida relación intelectual que tuvo en Miguel de los Santos Oliver, Alfonso Maseras, Federico Rahola, Rafael Vehils (el cicero-ne de José Enrique Rodó en su estancia barcelonesa de 1916) y Eugenio d'Ors los mejores interlocutores³.

Los meses barceloneses entre la primavera de 1912 y el otoño de 1914 son en la biografía de Rubén el último período creativo: en 1914 publicó en la Biblioteca Corona de Madrid su *Canto a la Argentina y otros poemas*, y en 1915 la casa editorial Maucci daba a la luz en Barcelona, *La vida de Rubén Darío contada por él mismo*, que en la edición que Alberto Ghirardo llevó a cabo de sus *Obras Completas* (Madrid, Mundo Latino, 1917-1919) pasó a llamarse *Autobiografía*. Son también estos meses los que saben de su propio deterioro físico (la estancia mallorquina trató de mitigarlo) producido por el alcohol, al tiempo que su nada desahogada situación económica no mejoraba. De sus primeros días barceloneses en la primavera de 1912 data un artículo de Miguel de los Santos Oliver (para entonces ya uno de los cerebros de *La Vanguardia*) en el que le retrata agasajado en el Ateneo y en el Institut d'Estudis Catalans, subrayando su potencia creadora y su próspera fecundidad («hombre-río», «hombre-Niágara»), a la par que alude con precisión a su valor como poeta (Víctor Hugo es la referencia) y a la decisiva importancia de su obra en las letras hispánicas:

«Él solo ha valido por una pléyade de ingenios; él solo y de una vez ha hecho vivir a su idioma esas dos fases que no había conocido antes: parnasianismo e impresionismo simbolista, iniciando a un tiempo la evolución y la reacción consiguiente, y otra vez la reacción contra la reacción, en forma de humanismo neo-clásico, o neo-pagano, o neo-panteístico, porque tratán-

³ Para estas informaciones el curioso lector puede consultar con provecho el valioso libro de Antonio Oliver Belmás, *Este otro Rubén Darío*, Barcelona, Aedos, 1960; y mi artículo «Viajeros en Barcelona (II)», Cuadernos Hispanoamericanos, 556 (1996), pp. 43-58. Son apasionantes los recuerdos de Josep Maria de Sagarra en sus *Memòries* (1954) y las notas de Mario Aguilar y Rafael Moragas (escondidos en el pseudónimo Luis Cabañas Guevara) en el libro *Cuarenta años de Barcelona, 1890-1930* (Barcelona, Memphis, 1944).

dose de sus ambiciones poéticas no hay locución bastante comprensiva, holgada y capaz. Sin molestia para nadie puede afirmarse que el actual florecimiento lírico de Castilla lo traía en potencia Darío, y está, de una manera virtual y completa, contenido en sus obras. De él derivan todas las variedades y todos los tonos, de que ofreció por anticipado la gama entera»⁴.

Al margen de las conversaciones con Rusiñol, Utrillo, Mir, Pujols o el transeúnte Amado Nervo, los trabajos y los días barceloneses se centran –en sus quehaceres poéticos– en torno al *Canto a la Argentina*, que leyó en una sesión del Ateneo. Sagarra recuerda en sus *Memòries* el acto:

«Jo no vaig perdre ni una síl·laba dels seus llavis i que aquella peculiaríssima sonsònia, que recordava a estones la monotonía del pobre que demana caritat, o el rutinari mastegar paraules d'un benedictí que pesa figues, o la misteriosa insinuació d'un borratxo sublim, era a les meves orelles música de pifres i d'oboès, tocada una mica lluny per una mena d'àngels fenomenals, com els que pintava Melozzo de Forlì. És a dir, mai, ni el millor actor ni el millor rapsode d'aquest món, no m'han arribat, ni de lluny, a commoure com la recitació de Rubén Darío, tan plena d'ombres i de fluïditats que semblava que llegís versos des del fons de l'aigua»⁵.

El incondicional entusiasmo del gran poeta y dramaturgo contrasta con la lacónica noticia que Josep Pla ofrece de este acto en un artículo fechado en 1940, para añadir: «El poeta era una mica vell, la fatiga se li notava pertot arreu. Les seves mans eren fines i meravelloses, la seva lividesa atroç»⁶.

Con casi toda seguridad uno de los asistentes a la lectura que Rubén dio en el Ateneo barcelonés fue el crítico catalán que mejor habría de justipreciar contemporáneamente la obra del poeta. Se trata del injustificadamente olvidado Alexandre Plana, quien desde su sección en *La Vanguardia*, «Las ideas y el libro», mantuvo informado al mundo barcelonés entre 1914 y 1918 de las novedades literarias españolas: Rubén, Unamuno, Baroja, Azo-

⁴ Miguel S. Oliver, «Rubén Darío» (V, 1912), Hojas del sábado, II. Revisiones y Centenarios, Barcelona, Gustavo Gili, 1918, p. 201.

⁵ Josep Maria de Sagarra, *Memòries*, Barcelona, Edicions 62, 1981, t. II, p. 130.

⁶ Josep Pla, «Records de Rubén» (1940), *El passat imperfecte*, Obra Completa, t. 33, Barcelona, Destino, 1975, p. 12. Conviene anotar (los estudiosos de Pla –con excepción de Marina Gustà– suelen olvidarlo) que la única vez en que Pla aborda la creación poética de Rubén lo hace en el tomo 43 de su Obra Completa (Caps-i-puntes), donde se recogen póstumamente algunas traducciones catalanas de sus artículos de juventud escritos originalmente en castellano. El que trata de Rubén es una glosa de la conferencia que Maeztu dio en el Ateneo de Madrid en diciembre de 1921, y se publicó en *La Publicidad* (28-XII-1921). Pla tuvo muy en cuenta para redactar dicho artículo el estudio de Maeztu «El clasicismo y el romanticismo de Rubén Darío», *Hermes* (27-XI-1921).

rín, Valle Inclán, Ortega, Juan Ramón Jiménez, Gabriel Miró, Moreno Villa, etc. La insólita calidad y el pulcro rigor de sus trabajos le acreditan como eslabón imprescindible en la historia de la crítica literaria española de la segunda década del siglo XX.

II

Alexandre Plana había nacido en Lérida en 1889, donde su padre estaba destinado como médico militar, aunque su madre era de Figueres, ciudad en la que precisamente terminó de cursar el bachillerato el joven Alexandre. De ahí que Josep Pla escribiera que «Plana és un empordanès en profunditat»⁷. Estudió derecho en la Universidad de Barcelona para obtener en 1910 el título de licenciado, que le permitiría más adelante (en 1915) desempeñar el cargo de secretario de la Unión Industrial Metalúrgica. Sin embargo, desde sus años de estudiante hasta su prematura muerte en mayo de 1940 en Banyuls de la Morenda (Francia), en casa de Josep Maria de Sagarra, toda su vida está definida por sus preocupaciones literarias y poéticas, artísticas, cinematográficas y musicales, ya que en todos estos dominios ejerció como crítico de talante abierto y tolerante.

Plana conjugó esta labor publicista, que abarca la crítica cultural toda y que se desparrama por un amplio número de publicaciones periódicas (fundamentalmente *noucentistas*), con su actividad creadora, iniciada como poeta con el libro *Sol en el llindar* (1915), cuya poética, amparada en una dedicatoria a Eugeni d'Ors, quiere ser la búsqueda de la expresión perfecta de las propias experiencias vividas. En el capítulo de la creación quizás su obra de mayor relieve sea la *nouvelle*, *A l'ombra de Santa Maria del Mar* (1923), instalada en unas sucesivas descripciones intimistas de morosa temporalidad, que seguramente dicen más de lo que *a priori* se pueda suponer del propio temperamento del autor.

Sus tareas críticas se iniciaron en 1910 en *El Poble Català*, donde publicó regularmente crónicas de teatros, a la par que artículos de naturaleza política, cultural y literaria. Lluís Nicolau d'Olwer en su tomo de memorias, *Caliu. Records de mestres i amics* (1958) le evoca así:

«Alexandre Plana comença la seva vida d'escriptor en *El Poble Català*, recentment convertit en diari sota la direcció de Pere Coromines. Allà s'a-

⁷ Josep Pla, «A l'ombra de Santa Maria del Mar, d'Alexandre Plana» (12-IV-1924), recogido en «Cròniques de França», Caps-i-puntes, Obra Completa, t. 43, Barcelona, Destino, 1983, p. 119.